

go...». Si nos dejamos caer al barranco de esa interrogación, allá en el fondo podemos encontrar la respuesta y el final de esa siguiiya: «Maresita mía, / qué es lo que yo tengo. / O estoy soñando una cosa mu mala / o me estoy muriendo». Rancapino: arregla tú esa copla, corrígela, mejórala. Y cántala. Canta tú esa siguiiya, Rancapino. Nadie tiene más derecho que tú. ¿Hay en este momento un cantaor más esencial que Rancapino? No aseguro que no lo haya, pero me estoy haciendo esta pregunta en serio. Rancapino, hijo, no llores más. Cálmate. Cálmate y canta. Lloro cantando, como lo has hecho siempre, desde la época de aquellos luminosos autobuses de línea donde comenzaba la vida.



Le echarán la culpa al tabaco, a las drogas, a la llamada mala vida. No es verdad. El cuerpo de Camarón de la Isla se ha quebrado porque dentro de él palpitaba toda la turbulencia de la fatalidad. La fatalidad es la herencia de los seres humanos. Todos, absolutamente todos, lo primero que hacemos al nacer es llorar. Casi todos volvemos la espalda a esa fatalidad, despavoridos y triviales. Sólo unos cuantos seres arrojados, mágicos y terribles, se abrazan a la fatalidad y en ese abrazo le arrebatan el consuelo de la belleza y la belleza del consuelo. Escuchar a Camarón era saber que el desamparo es nuestra herencia. Pero también era advertir, maravillados, que en el fondo de la desolación nos aguardaban la autenticidad, la fraternidad e incluso la felicidad. En sus sonidos negros advertíamos el luto inexorable de la especie infortunada a que pertenecemos, pero allí, al fondo, en la espesura de los sonidos negros, hallábamos también el esplendor de nuestra inocencia. Camarón era más que un cantaor flamenco: era nuestro embajador en el territorio de la desgracia y era a la vez el que arrancaba a la desgracia suspiros extraordinariamente calientes y cordiales que acariciaban nuestra conciencia desolada y la volvían momentáneamente feliz. Le debemos a Camarón la evidencia de que «los hombres somos animales inconsolables» (la frase es de José Saramago) y también la evidencia de que en el fondo de nuestro desconuelo habitan la eternidad y la liberación. Camarón nos mostraba el horror de nuestro destino, pero también nos liberaba de él. Su muerte es desde luego una desgracia. Pero su vida de artista fue ejemplar. Ahora trataremos de acercarnos a esa ejemplaridad aterradora, si tenemos coraje. Camarón vivió a vida o muerte y cantó a vida o muerte. Ahora ha muerto y de un modo enigmático e intachable ya se ha quedado vivo y en calma para siempre.



A vida o muerte... ¿qué quiere decir eso? ¿Y qué tiene que ver eso con la heroína? Las drogas y Camarón, Camarón y las drogas. Por pudor, por respeto a Camarón y a su familia, apenas si se ha escrito estos años sobre un tema tan espinoso. Aclaro: lo espinoso no fueron las toxicomanías de Camarón, lo espinoso es nuestra propia

posición de ciudadanos ante la cuestión de las drogas. Una jauría de leyes contra los toxicómanos, y a veces jaurías de ciudadanos contra los toxicómanos. Hemos visto en imágenes de televisión a toxicómanos aterrados y apaleados por barriadas de ciudadanos. Es verdad: hay barriadas martirizadas por la concentración de toxicómanos y de vendedores de droga y por las parvas de jeringuillas en los parques de infancia. Hay familias que secretamente sienten necesidad de que se muera de una sobredosis algún familiar «enganchado»: son emociones devastadoras y quien las experimenta lo más normal es que no sea mala persona, sino alguien que simplemente está agotado ante el espectáculo de una criatura amada que lo roba todo, que lo destruye todo y que se destruye a sí misma. Los tejidos de las emociones de amor, de terror y de odio pueden a veces reunirse y producir situaciones psicológicas infernales. Y además, es cierto, la paz ciudadana ha sufrido un desgarrón, hoy por hoy irreparable, a causa de la existencia y la extensión de las toxicomanías entre los jóvenes. ¿Qué tiene todo esto que ver con el flamenco? Aunque no lo parezca, se podría escribir un grueso libro sobre esta pregunta. Me limitaré a anotar alguna opinión y de manera telegráfica. Vaya por delante que nunca he sido consumidor de heroína, ni siquiera de cocaína (ni la he probado, de lo que no me enorgullezco), y que la toxicomanía de los demás me dio algunos disgustos. Por ejemplo: dos veces los toxicómanos atacaron a mi hija para robarle el dinero y objetos convertibles en dinero. Una vez le pusieron una navaja en la garganta. Otra, una pistola en el estómago. Tras aterrarla y desvalijarla salieron corriendo, presumiblemente a comprar unas dosis, quizá también algunas jeringuillas que no llevaran en su aguja la ruleta rusa del sida. En aquellas dos ocasiones, naturalmente (pues soy tan humano como usted, tan capaz de amor y de miedo y de odio como usted), sentí ganas de matar a los atracadores. Es decir: cuando veo una barriada en forma de Fuenteovejuna persiguiendo y apaleando a tres o cuatro despavoridos toxicómanos hago un esfuerzo de imaginación y me veo a mí mismo formando parte de ese ejército justiciero. Me sobresalto. ¿Qué resuelven esas cacerías? Con su desesperación a cuestas, los toxicómanos van a otra barriada a instalar su ghetto, y vuelta a empezar. El odio y la violencia populares no van a resolver este problema. Por lo menos en tanto que esa violencia y ese odio se movilicen contra los toxicómanos. Otra cosa sería que la violencia, pero multitudinaria, «en forma de pueblo», se dirigiese contra los degenerados que se enriquecen brutalmente con el gran dinero de la drogadicción, desde altos traficantes organizados a policías eslabones de la cadena, desde accionistas sin escrúpulos a banqueros que blanquean el dinero negro que fluye a ríos con la droga; en fin, toda esa gentuza mafiosa. Pero, claro, ir a por esa canalla sería una guerra peligrosa en la que podríamos perder incluso la vida. Así que resulta más cómodo odiar y perseguir sólo a las víctimas, a esos extraviados a quienes Ernesto Sábato definió alguna vez como los mártires de nuestra cultura. Nuestra cultura del dinero. Porque en el fondo de todo este asunto nauseabundo lo que existe es la drogadicción del dinero, del fácil y abundante dinero. Si no hubiera tanto delincuente de manicura que se enriquece brutalmente con el proce-